



## RECUERDOS DEL MAESTRO

---

A la señora doña Margarita G. de Altamirano.

No he olvidado un detalle de aquella casita vieja, pero alegre, de las Rejas de la Concepción, por la que ha desfilado casi toda una generación literaria, como si la mansión del autor de los "Naranjos" fuese una estación para el viaje de la celebridad.

Era resto de un convento, la lluvia y la intemperie le daban tintes grises en los que resaltaban las manchas verdinegras del musgo, enmohecíanse las rejas de las ventanas, pero albeaban en cambio los visillos tras los cristales limpios de las vidrieras y un loro charlatán en esférica jaula, poblaba de alegres gritos la calle toda.

Los domingos en la mañana, a las once en punto, llamábamos al verde portón, repicaba alegre campanilla y un cierto Antonio, de mala catadura, pero ex-



celente corazón, nos abría refunfunando seco buenos días y cerrando la puerta de golpe. Al ruido despertaba el Ariel, enorme terranova, viejo enfermo, casi ciego, que apenas tenía fuerzas para menear la cola y lanzar una mirada agradecida y noble cuando le acariciaban la frente. La Carina, perrilla angelopolitana, lanuda y blanca, la más alegre hembra canina que he conocido, de carácter y de costumbres, ladraba locamente con su listón al cuello, bañada y alisada.

El Maestro era muy afecto a las macetas, reía en las del patiecillo un sol matinal jugueteando en las frondas, olía a heliotropo en flor, y confuso vocerío de enjaulados y festivos pájaros alegraba el corredor y daba a aquel hogar una animación tal que sin querer se sonreía. Me parece oír los ladridos, los trinos, el freir del almuerzo, el dhorro de las regaderas y una escala cromática lanzada por una voz de soprano que enmudecía a nuestra llegada, como si las visitas la espantasen.

Una otomía, Magdalena, abríanos la apolillada vidriera de la sala.

—Voy a avisar. Y después de haberlo hecho nos entregaba los periódicos que el Maestro nos mandaba galantemente para que nos distraiéramos durante su ausencia.

Impregnaban el aire los últimos vapores xochicopal, reina del Sur, a su aroma de cuero de Rusia se mezclaban las emanaciones de empapadas violetas que rebosaban de un jarrón, tras el cual, en la mesa de mármol, parecía surgir un Apolo levantando las manos al cielo, un desnudo de Barbedienne, en bronce, rodeado por otras piezas de arte, ya encabritados corceles en pedestal de mármol amarillo, ya ancha copa griega con mitológicos asuntos cincelados, o frágiles y elegantes ánforas de cristal y porcelana, teñidas con matices fantásticos.

Entreteníanos grandemente leer tras los cristales de los libreros de rosa, los rótulos de las obras. Uno de los vicios del Maestro era poseer muchos libros, pero muy bien empastados todos. Brillaban los rótulos dorados de riquísimas ediciones; en chagrín, en cuero de Rusia, en tafílete o a la rústica. Junto a un Renán en percalina, veíase la Imitación de Cristo en piel negra, más lejos, una edición americana en tela verde u ocre de Tenyson, parecían recargarse uno en el otro Paul de Saint Víctor, un non rogné Longfellow al lado de un Alfredo de Musset, ilustrado por Bida.

En pequenísima caja dormía un Dante diminuto, impreso, si no me engaño, por Didot, en caracteres microscópicos. Gozábamos con aquella estantería inteligentemente provista, en la que asomaban sus caras amarillas de pálidos ascetas, los pergaminos, su obesidad las ediciones de Bancroft y parecían retozar cual diquitines intrusos en aquella caterva de doctores intratables, una familia de elzevires, los elzeviritos, como su dueño los llamaba cariñosamente.

Y el Maestro sabía casi de memoria aquellos centenares de volúmenes, desde la «Holy Bible» hasta el hacinamiento de folletos de todos colores, que no cabían en las mesas, en las sillas, en los huecos de los libreros! No había uno que no ostentara en sus páginas una raya de lápiz rojo, un comentario de lápiz azul, curiosa Marginaria tan oportunamente colocada, que equivalía a un juicio crítico. De los libros pasábamos a los cuadros, que cubrían totalmente las paredes. «La Tesorería del Purgatorio» y «El Fumador» de ese Meissonier mexicano que se llama Casarín, los paisajes de Islas, un «Bautismo» y un «Casamiento» en la época del Directorio, el retrato del Sr. Rovaló, noble protector del Maestro, y los retratos de éste en distintas épocas y debidos a renombrados pinceles. Las marinas, las perspectivas,



los grabados, todo denunciaba la morada de un artista, porque en un tiempo el señor Altamirano manejó el pincel, como ya había esgrimido la pluma y la espada.

Sobre un escritorio finísimo de palisandro incrustado de marfil, se levantaba el busto del señor Altamirano, artística cabeza modelada por Islas, fiero el ademán, encrespado el cabello, desatada la corbata, erguida la frente, en aquella actitud de tribuno airado que le valió el nombre de Marat de los puros, como lo llamó un periódico reaccionario.

Reinaban el orden y el aseo en todos los objetos. Ni un átomo de polvo manchaba el barniz de los muebles austriacos o del piano, en cuyo atril yacía olvidada una romanza de Tosti de abigarrado forro. El sol lamía los dibujos de la alfombra, sentíase tal calma, emanaban las flores tan discretos perfumes, que ante quietud tanta, rodeado por el arte en todas sus manifestaciones, se tendía a pensar en cosas gratas, como si la atmósfera en que habita un hombre de talento contagiara a los extraños.

Oíase en la pieza de junto, el ruido de un vaso y una cucharilla. La efervescencia de la sal de Karlsbad era señal de que el Maestro tomaba su medicina e iba a salir. Aparecía sonriendo, con aquella franca sonrisa que tuvo siempre para sus discípulos.

—Buenos días, hijos míos.

Flamante y correcto el traje, blanquísima la camisa, prendida la corbata por un fístol de malaquita, leontina de cabellos y oro, empuñando un bastón de ébano rojo del Sur, oliente a Agua de Colonia y con el sombrero puesto, porque, como Morelos y todos los surianos, sufría neuralgias con la cabeza descubierta.

Solíamos llevarle algún trabajo para que lo corrigiera, nos lo hacía leer y no distaba hasta su conclusión. Entonces acercaba un tarjetero de metal

que frente al ajuar había, exhumaba de sus bolsos finísimo pañuelo de seda cruda, los cigarros de "Castelar" y los cerillos. . . se apoderaba de un lápiz rojo, la bestia negra, que ha dejado su huella destructora en tantos originales.

¿Había un consonante difícil? Encendía un cigarro, tomábolo negligentemente entre el dedo de en medio y el índice, sacudía la ceniza. . . echábase atrás el sombrero, mordíase una falange y meneaba la pierna meditando, preocupado como si él fuese el autor. Solían hacerle gracia algunos disparates, reía hasta llorar, tapándose la boca, y después, con tono benévolo, contaba punzante anécdota, finísima agudeza, hierro candente que dejaba en la memoria fijo el defecto para no incurrir más en él. . . Su sátira, sin ser venenosa, era un remedio radical.

Así enseñaba literatura el Maestro, así enseñaba Historia, así enseñaba Filosofía. . . con un método práctico y familiar, enteramente suyo, amaba a los principiantes con algún talento, se identificaba con ellos, los corregía y los alentaba.

Figuráos cómo no lo querría esa juventud obscura y pobre, rechazada de todas partes, esa juventud que pisa la senda que conduce a la gloria y en la cual tantos peregrinos han sucumbido de fatiga, condenados a no levantarse más del polvo de la insignificancia.

Los que se llaman sabios, los que han encanecido leyendo a Virgilio y a Aristóteles, no alientan sino desdén para los que comienzan y no son capaces de enseñar una sola línea, a menos que el Gobierno les pague el sueldo de una cátedra de Escuela Nacional. Es natural, el que ha alcanzado la cumbre del picacho ve con indiferencia, casi con placer, las olas que se estrellan a su pie y arrastran los restos de tantos naufragios y los cadáveres de tantos vencidos!



Por eso al Maestro le profesa un verdadero culto la bohemia literaria, porque a sido el único que, cubierto de gloria, ha descendido de ese pedestal para enseñar al que no sabe, sin interés y sin retribución, y ha impelido, ha ayudado a subir a todos sus protegidos abriéndoles las columnas del periódico, acreditando un libro con un elogio, introduciéndoles a respetables asociaciones y aun proporcionándoles recursos pecuniarios. Ha sido Maestro en su casa, en la tribuna, en el libro y en la prensa, con éxito tan grande, que la literatura nacional de nuestros días debe sus más bellos adelantos a la ayuda infatigable del biógrafo del "Nigromante" y Manuel Flores. Ni sus mismos enemigos niegan que la figura prominente en la literatura patria contemporánea ha sido el Maestro, el señor Altamirano, por eso, rindiendo justo homenaje a sus méritos, EL NACIONAL (1) publica su retrato, mil veces impreso en libros, en periódicos y en revistas extranjeras.

Lo siguen las simpatías aun de los que no abrazan su credo, por el papel que ha desempeñado hacia la juventud de su patria. . . . Supo enseñar. Jamás salió de sus labios ni una burla ni un reproche para el ignorante o para el débil, gritaba a las inquietas almas esa frase que impele a tender el vuelo, decía a sus discípulos con el ejemplo y la palabra jexelsior!

El que así tenía una palabra y una enseñanza para el obscuro principiante, el que les revelaba que llevaban en la mente gérmenes capaces de tornarse en flores, el que despertaba esos gérmenes, es acreedor a la gratitud, por eso yo, el último de sus elegidos, yo, el último de ese "Liceo Mexicano", que

(1) Este artículo fué publicado en aquel periódico antes del fallecimiento del señor Altamirano.

tanto le debe, hoy, que me veo fundiendo mis ideas en un periódico, primer peldaño de la escala literaria, de la cual me enseñó el camino, con torpe, muy torpe, pero sincera pluma, encierro mi gratitud en estas líneas. No es una biografía, porque los recuerdos que me la inspiran, recuerdos queridos de la primera juventud, no pueden encerrarse en esa serie de fechas y de nombres, que más parecen hojas de servicios, lacónicas y exactas, pero pálidas.

Estoy seguro de que piensa lo que yo pienso, ese grupo de jóvenes que, según la frase consagrada de los periódicos, prometen mucho, son esperanza de la patria y cuyos nombres figuran en más de una carátula de libros aplaudidos. Ese grupo, que nació en un "Liceo" no reglamentado, que carecía de la severidad de una Academia y se reunía en un salón de la Sociedad de Geografía, como hubiera podido reunirse en los escombros de una ruina o bajo el techo apollillado de una guardilla, éramos bohemios, entonábamos un imno a la juventud y—siempre se es pájaro de joven—poco les importa a las aves cuando saludan una aurora, lanzar su trino en una cúpula, en un alero vetusto o en una rama que tiembla. Esto lo digo por esos poetas que el público conoce por Chávez, Bustillos, Barrón, Alba, Urbina y tantos otros, que en cuanto a mí, impotente para la poesía y para la prosa, me conformaba con escuchar y aplaudir.

Allá, en aquella pieza de la Escuela de Comercio, conocimos y admiramos al Maestro. Hablaba, y como bajo la influencia de un conjuro, despertaba las ideas luminosas, las frases felices, las palabras oportunas. . . . Enjambre de doradas abejas que esperaban un llamamiento para despertar y surgir de los corazones rebosantes de juventud, de savia, de vida. . . . La elocuencia las hacía nacer, y se embargaba la mente sintiendo lo que debe sentir la rama



cuando sus flores revientan y tienden sus corolas de ardiente matiz, sedientas de luz.

Cuántas veces, rodeado por nosotros, se entusiasmó el Maestro, poníase de pie, se arreglaba los pantalones, y con ademán medurado hablaba... Fácil su palabra, iba animándose, desparramaba ejemplos, citaba autores, y diríase que hablaba ante un Congreso; empero, sin inmutarse, porque era orador y era elocuente a todas horas, su talento no se parecía al de aquellos que, como ciertas gentes, visten su palabra de elegante ropaje tan sólo en los días grandes.

Y no era la frase arrebatada, esa pirotecnia de metáforas, ese desbordamiento precipitado del nervioso, ansioso de mostrar su elocuencia. Dulce, sobrio, tranquilo, familiar, con la entonación de un simple narrador nos conducía del Parthenón al templo bizantino, al antro del fakir, y atravesábamos aquellos mundos de poesía cual la nave balanceada por blandos vientos y olas mansas.

¡Divino ese don de la elocuencia, que hace de la palabra un pincel y traza cuadros cuyos matices no existen en la paleta de Ticiano alguno, que sin modular una nota, evoca las armonías que no soñó Beethoven y esculpe en el alma imágenes imborrables...! La palabra: sonido, cincel, color... maga que hace del espíritu un Proteo y lo transforma, lo sugiere a su antojo y lo torna ya en un héroe del cantor de Menelao, ya lo hace sentir las ansias rabiosas de Laoconte y la melancolía profunda de Patroclo.

El gran libro de texto que usó el señor Altamirano, fué su palabra irresistible y pintoresca; su cátedra, lo mismo el sillón presidencial de una sociedad, que la mecedora de su sala... Enseñaba con ejemplos, corregía con anécdotas y sabía hacer crear, creando él antes. Que un pensador derroche sus idas an-

te un concurso de medianos alcances siquiera, y el pensamiento suyo, como si penetrase en los cerebros, los fecundiza, haciendo germinar otras ideas.

El Maestro era un causeur incomparable: fascinaba, y el descreído que espantaba a los tímidos, encadenaba con su verba persuasiva al fanático... cuando hablaba de esos asuntos tiernos que se llaman la madre, la esposa, la familia... Yo lo oí consolar huérfanos, diríase que al evocar las memorias de su niñez desgraciada, como una consolación, hablaba el apóstol. Esa influencia de sus pláticas nadie la ha negado, y ¡con razón! no puede tacharse de embotada el arma que ha sondeado nuestras almas.

Yo recuerdo al Maestro como hombre del hogar, el gladiador de la palabra, el soldado audaz de la Reforma, el suriano de tremendas iras se transformaba ahí. Ya no reverberaba en su alma el sangriento fulgor de incendio que enrojecía imágenes de cataclismos, sino el suave reflejo de un cariño santo, de esa querida esposa, de esa compañera de su gozo y de su pena, de esa abnegada Margarita que lo ha acompañado en el campo de batalla y en el retiro, la limpia gota en su océano de sombras, la mirada casta de la estrella en sus abismos, la flor inmaculada en las ruinas de ese pasado glorioso, pero a costa de ¡cuántos combates y cuántos sufrimientos!

El Maestro, para llegar a la altura a que llegó, luchó cuerpo a cuerpo con el destino, bajo todas sus formas, contra todos los huracanes, contra todas las cóleras del océano; pero fuerte, inquebrantable, osado, sin cejar, en vez del naufragio alcanzó el triunfo, como si llevase en la conciencia como un lema de su conducta, escrita la frase: *malgré tout*.

Naciendo en el lecho de esa raza desheredada, que se desprecia desde Cortés hasta hoy, de esa raza que sufrió azotes a pesar de la virtud de Las Casas y la sangre de Hidalgo y de Morelos, siendo indígena es-



taba condenado a la existencia amarga y oscura de los parias y de los reptiles. ¡Cuántos supremos esfuerzos necesitaría el desamparado para transformarse de ignorada larva, no en coqueta mariposa, sino en cóndor audaz!

No es tan grande el que del trono asciende a la gloria, como el que del fondo de una naturaleza salvaje, de una raza ignorada, de una familia oscura, asciende de la miseria a la gloria. ¡Por eso son grandes esas figuras de la raza indígena: Juárez y Altamirano.

Yo saludo en el Maestro no sólo al orador, al poeta, al guerrero y al filósofo, sino al luchador que, subyugado por la sociedad, condenado por las preocupaciones de raza, con inquebrantable fe avanza hasta imponerse a esa sociedad que le paga el tributo del respeto y del aplauso; yo, admiro al indio que, sufriendo el baldón de ignorante, llega a ilustrar a los descendientes de los conquistadores.

Subir de un zaquizamí a un palacio, decía el Juez de Napoleón el Pequeño, es muy bello y muy hermoso, pero subir del error a la verdad, es más bello y más hermoso aún. El señor Altamirano, de la escuela pobrísima de un pueblo perdido en los bosques vírgenes en que nació Guerrero, ascendió a ocupar no una, mil cátedras frente a las cuales ha desfilado casi toda una generación de pensadores.

Descansa hoy en lejanas tierras, la Grecia moderna: ese París caprichoso que desdeña todo lo que no vuela muy alto, se ha ocupado de él, y han estrechado su mano como la de un compañero, los hombres de talento de la Francia, aquella Francia de que nos habló tantas veces, la Meca de su religión de progreso a cuya puerta ha llamado. . . pero sin dejar en ella su patriotismo de mexicano, su corazón de hombre de hogar, y sus afectos de amigo, capaces de llegar al sacrificio.

Quizá en el melancólico fondo de la nostalgia, ve los risueños y azules horizontes de la patria, evoca una familia, piensa en los amigos. . . sonríe tristemente y llora al recuerdo de un hogar inconsolable.

Y el león de la tribuna se entenece, el Aquiles invencible sucumbe, porque el corazón de un padre no puede bañarse en las ondas de la Estigia, y lo hiere una memoria grata, pensando que hay en México un nieto, un Héctor vivaz e inquieto que con sus manecitas de niño le tira de los cabellos y golpea su frente, aquella frente creadora, expuesta tantas veces a rodar ensangrentada en el combate. Quizá oye esa voz infantil que le dice como todos nosotros: ¡Vuelve! Debe llorar, porque hay un gran fondo de ternura en esa alma que tantos creen sombría, tal vez ese amor a la familia, ese amor a los cariños, que nunca mueren en el alma, lo hace poner en la cifra de sus cartas ese lema consolador para los que lo esperan: *Loin des yeux, près du coeur. . .*